

La Emergencia del hombre
en medio del clamor del ser:
Anaximandro, Heráclito y Parménides

Roberto Andrés González



Primera edición: diciembre 2015

D.R. © Roberto Andrés González

© Plaza y Valdés, S. A. de C. V.
Manuel María Contreras 73. Colonia San Rafael
México, D. F. 06470. Teléfono: 50 97 20 70
editorial@plazayvaldes. com
www. plazayvaldes. com

© Plaza y Valdés S. L.
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223
Madrid, España, Teléfono: 91 862 52 89
madrid@plazayvaldes. com
www. plazayvaldes. es

Formación tipográfica: Eduardo Olguin Molina

ISBN: 978-607-402-834-8

Impreso en México / *Printed in Mexico*

A mis estudiantes.
En los seminarios de *Metafísica Clásica*,
y *Metafísica Contemporánea*,
En la Universidad Autónoma del Estado de México
Facultad de Humanidades.
Con nostalgia y gratos recuerdos.

“El primer pensador inicial se llama Anaximandro...,
los otros dos pensadores son Heráclito y Parménides,
que piensan lo verdadero en una única copertenencia
al comienzo del pensar occidental”.
Heidegger, *Parménides*, § 1, a.

Contenido

Introducción	13
------------------------	----

PRIMERA PARTE LA NATURALEZA TAMBIÉN LE GUSTA MOSTRARSE, O DEL PRIMER AVIZORAMIENTO FILOSÓFICO DE LO AJENO

I. Tales de Mileto, génesis de la primera aproximación a la inteligibilidad de lo ajeno	23
II. Disección de la naturaleza y la potencia creadora del ser en Anaximandro	31
III. El nuevo posicionamiento del hombre en el marco temático del <i>apeiron</i> (τὸ ἄπειρον) de Anaximandro	45

SEGUNDA PARTE EL CLAMOR DEL SER EN HERÁCLITO Y LOS MÁRGENES DEL HOMBRE

I. Tras el rastro de la germinación del hombre en lo abierto de la naturaleza	59
La emergencia del hombre en medio del desvelamiento filosófico de la naturaleza	59
La voz del logos y el ideal del ser del hombre: la posibilidad del estado de despierto	64

II. La forma de ser del hombre en el marco	
de los límites del alma	79
El estado de abierto del hombre y el descubrimiento de sí	79
Los límites del alma y el <i>ethos</i> del hombre	88

TERCERA PARTE

NOTAS PARA UN ENSAMBLE TEMÁTICO ENTRE EL SER, EL TIEMPO Y LA RAZÓN EN PARMÉNIDES

I. Apuntes sobre el ser del hombre a partir de un análisis comparativo en torno al tiempo primordial y el tiempo corrosivo en la perspectiva de Parménides y el Evangelio según San Juan	99
II. Una palabra en torno a los caminos de la existencia y la experiencia del ser	113
III. En pos de la línea de fuga: Parménides como precursor de la inquietud platónica del afuera	125
Parménides, precursor del pensamiento liminar	125
Platón, o del florecimiento de la imagen del pensamiento del afuera	136
Referencias	147

Introducción

La presente investigación se encuentra animada por dos propósitos fundamentales, a saber, por un lado, desea mostrar la factibilidad del diálogo con los presocráticos, toda vez que el sentido de sus voces todavía resplandece en nuestro entorno como una lumbre que viene a hacer las veces de lámpara, o bien de referencia, para la conducción de la investigación filosófica en nuestro tiempo. Así también, por otro lado, hemos intentado abrir un camino de exploración a través del cual rastreamos los vestigios de la germinación temática del ser del hombre en medio arcaico clamor del ser. Podría decirse que este último punto representa el empeño más marcado en el trabajo que ahora ponemos públicamente a la consideración de la crítica, por lo que, si bien es cierto que, en nuestra investigación, se decanta en breves lapsos hacia la meditación ontológica, habida cuenta de que el meollo de la preocupación presocrática es justamente el ser; resulta también cierto que este declive se ha hecho en atención a la tematización de la, por así decirlo, germinación filosófica del hombre. Así, pues, cabe aclarar que los interlocutores con los que hemos intentado caminar este trayecto han sido Anaximandro, Heráclito y Parménides, a través de cuyo testimonio, pensamos, ha quedado registrado, de una manera sin igual, el primordial desvelamiento del ser ante el espíritu y, viceversa, el apercibimiento del arribo del espíritu hacia el claro del ser. En medio de este arribo, constatado por los presocráticos, hemos intentado, pues, atisbar el despunte conceptual del ser del hombre.

Este diálogo con los antiguos se nos hace asequible, toda vez que el sentido de su legado cobra en nuestro tiempo una vigencia inusitada y, como muestra, basta mencionar sólo dos botones, a saber, en primer lugar, desde a finales del siglo XIX comienza a cobrar fuerza la inquietud por retornar o, mejor dicho, recuperar el camino de los griegos, pues se ha considerado que en aquéllos se encuentran las bases que han determinado la dirección del pensamiento de occidente, y se pueden encontrar señales para el porvenir de la investigación filosófica; tal como aseveran Hegel y Nietzsche;

así también en el siglo xx, hemos visto otros empeños marcados tales como los emprendidos por Heidegger, Nicol y Hadot, entre otros; quienes siguen considerando que los griegos representan una suerte de referencia (o alternativa) para nuestro tiempo. Esto es, los griegos amanecen, ante el pensamiento moderno y contemporáneo, como claro referente para el norte del pensamiento. Así también, en segundo lugar, al repensar la pregunta que interroga por el ser, y la cuestión del puesto del hombre en el cosmos, la filosofía contemporánea se ha visto en la necesidad de voltear la mirada hacia el pensamiento de los antiguos, pues justo ahí es donde puede localizarse no sólo el origen de tales cuestionamientos, sino una variante en dichos planteamientos.

Pensamos que una de las posibilidades en la investigación en torno a estas dos últimas preocupaciones, se afianza al girar la mirada hacia aquel horizonte del pensamiento que arranca justo entre los milesios, habida cuenta de que ahí puede localizarse el punto inicial de esta inquietud. Esta conexión entre lo antiguo y lo contemporáneo puede entenderse a partir de que, en primer lugar, el objeto de atención de aquel pensamiento y el nuestro (distanciado sólo por el tiempo) continua siendo afín; y en segundo lugar, porque la filosofía se ha distinguido, respecto de las otras formas simbólicas, por hacer inteligible comúnmente los problemas. Pues, como bien lo ha dicho Nicol, la trama de la filosofía puede entenderse, ante todo, como el decurso de un diálogo, en cuya secuencia se van intercalando (en forma de relevo) distintas respuestas o hipótesis a los problemas acuciantes. El diálogo supone la mutua comprensión del problema, pues sin esta recíproca comprensión no habría manera de entenderse, ni de problematizar sobre cuestión alguna. No obstante, el hecho es que, desde el inicio, la filosofía ha amanecido como un diálogo porque, ante el planteamiento de los problemas, cada investigador ha ido asumiendo la consigna de elaborar, proponer y argumentar la propuesta teórica más convincente. Esto es, con la filosofía, el hombre finalmente puede entenderse con el otro (acerca de algo en común), y cada uno puede discrepar respecto de la opinión de sus semejantes, toda vez que se le ha desvelado el ser (del problema) como instancia de apelación. Sólo puede haber diálogo cuando entre los dialogantes (o discrepantes) existe algo de común referencia; sin esta instancia común, sería imposible la mutua intercalación entre diferentes hipótesis. La filosofía viene a posibilitar, finalmente, la patentización de la naturaleza como instancia común de investigación. Aquella naturaleza (lo ajeno) que descorrió su velo ante los ojos curiosos de los presocráticos, es la naturaleza que ahora nos sale al paso y nos enfrenta, obligándonos a mirarla con ojos renovados: la historia del pensamiento da cuenta de la intercalación de las diferentes miradas con que cada generación ha visto a la naturaleza.

Es así que en la filosofía presocrática podemos asistir al primer desvelamiento del ser, el cual se da bajo diferentes connotaciones: podemos ver que entre los milesios, el ser comienza a amanecer bajo el signo de algún elemento físico, llámese, agua, viento

o fuego. Podría afirmarse que ahí el espíritu está realizando sus primeros esfuerzos por convenir con el llamado del ser, dando cuenta de esta llegada justo bajo alguna configuración conceptual de algo a la mano. Aquí el pensamiento ha comenzado la exploración de un camino inédito, y sin duda lo que subyace en el centro de atención es precisamente esto que hemos denominado el clamor del ser. Lo inédito de este camino consiste en que el espíritu ha encontrado el cauce, por así decirlo, más afortunado para su despliegue conceptual, cuya trama ha quedado registrada en la misma secuencia que va desde los filósofos de Mileto hasta llegar a las configuraciones elevadas de Heráclito y Parménides.

Nuestro planteamiento sostiene que la imagen que dibuja el despliegue del espíritu en aras de la filosofía ha seguido una línea ascendente: que lleva al conocimiento desde lo más elemental hasta lo más abstracto. Esto puede verse por el hecho de que, como hemos dicho arriba, en los primeros filósofos la llegada del ser es referida mediante el signo de algún elemento físico (agua, viento, fuego). Desde luego, hay que reconocer que el agua que refería Tales de Mileto, si bien es un elemento que cualquier mortal tiene a la mano, no es el agua de la lluvia, o la de los mares, era más bien, como dice Aristóteles, la articulación del primer intento conceptual acerca del principio de lo que existe; esto es, el agua representaría la primera respuesta acerca del principio de unidad de todo lo que es. Aquí encontramos, pues, al espíritu empeñado en congregar lo múltiple bajo un punto. Este es un acto sin precedente, pues el espíritu está realizando un augusto acto de síntesis a través del cual quiere remontarse hasta la generalidad. Sin embargo, lo que nos interesa resaltar es el hecho de que si bien esta agua es algo que el espíritu tiene a la mano, también resulta cierto que ésta representa la primera respuesta del origen de lo que existe, es decir, el agua constituye la primera versión de la escarpada conceptual hasta lo universal. Esto significa que el espíritu, estando en la naturaleza, sin embargo, se encuentra abriendo un cauce a través del cual quiere irse sobreponiendo a lo inmediato.

Desde nuestro punto de vista, la figura ascendente que dibuja el espíritu, en el horizonte del pensamiento filosófico, alcanza un primer punto crucial en el testimonio de Anaximandro, pues es justamente en éste cuando el pensamiento reconoce que el origen de lo que es, es precisamente de otra índole, es decir, entre lo que ha venido a ser y aquello de donde han venido a ser las cosas, existe una nota diferente. Esta medida viene sugerida tan pronto se distingue que la nota que conviene al ente finito (el que posee una datación), no es conveniente con aquello de donde han venido a ser las cosas. Todas las cosas poseen en común el hecho de haber venido a ser y comparten también la fuente de donde han provenido, siendo esta fuente algo distinto a las cosas. De esta manera, descubrimos que en Anaximandro, dando cuenta del origen de las cosas, identifica a la fuente de donde han provenido con algo indeterminado

(*apeiron*). Aquí el pensamiento finalmente se atreve a nombrar el ser bajo la nota de la indeterminación, al tiempo que comienza a esbozar otro concepto a través del cual se articula la unidad de lo múltiple. El espíritu no se vale ya sólo de lo que tiene a la mano, sino que se atreve a configurar conceptos que se encuentran allende lo inmediato: éste da cabal muestra de su, por así decirlo, solvencia simbólica y conceptual, como no había sucedido antes.

Hay que reconocer que, como lo hemos anunciado arriba, aquí el espíritu ha encontrado la ruta propicia para su despliegue, dibujando una línea que ha aprendido a ascender trabajosamente sobreponiéndose a lo inmediato. El espíritu comienza, en sus primeros peldaños, por el conocimiento de lo dado, y gradualmente se va tonificando hasta hacer posible la experiencia del pensar. Para comprender este último paso basta recordar que acerca de lo determinado (lo dado) cabe el conocimiento (cualquiera que sea su acepción, ya vulgar, ya científico); mientras que, por el contrario, acerca de lo indeterminado no hay conocimiento como tal, sino la posibilidad solo del pensar. Justo por esto decimos que desde Anaximandro, y posteriormente con Heráclito y Parménides, el espíritu alcanza un nivel encumbrado en la escarpada del pensamiento.

En este sentido, pensamos que la interjección que acaece entre el ser y el espíritu, referida ya desde el fragmento primero de Heráclito, y en el *Poema* de Parménides, solo ha podido suceder, habida cuenta de la maduración, o solvencia, conceptual del espíritu; toda vez que resulta eminente que con la germinación del espíritu no se marca, en ninguna manera, la datación del ser, pues este último siempre habría sido y estado ahí a la espera (el ser no posee origen, es eterno). Es el espíritu quien en algún momento del tiempo se le cae, por así decirlo, la venda de los ojos descubriendo frente a sí el ser. Es el espíritu quien en algún momento despierta atendiendo el llamado del logos cósmico. Marcando con ello el inicio de otra forma humana de estar en el cosmos. Es decir, el ser irrumpe en el espíritu, al tiempo que este último, se abre paso por en medio del claro del ser.

Lo que aquí hemos referido como clamor del ser, ha de entenderse precisamente como la donación del ser ante el estado de despierto del espíritu. El ser comienza dándose al espíritu entre la pluralidad y la evanescencia; estas dos notas son las primeras que el clamor del ser allega hasta las puertas del espíritu. Este último las recoge, afianzando su entrelazamiento con lo ajeno, dibujando la primera versión de la verdad: el acoplamiento entre el espíritu y el ser, tal como se refiere en el primer fragmento de Heráclito. Tal acoplamiento se hace factible solo a partir del estado de despierto del espíritu, pues sin este avispaamiento el hombre habría permanecido en la ceguera y sordera.

Hay que acotar que este clamor permite que se ilumine, primeramente, la naturaleza descubriéndose a través de los ropajes de estas dos notas, haciendo que lo ajeno refulja, ante el espíritu, con toda su variedad entre sus matices y colores. Y, solo posteriormente, en medio de la expansión luminosa de este clamor, podemos localizar el alumbramiento filosófico de otro relieve de la realidad, caracterizado por su capacidad simbólica y por su indeterminación. Aquí es donde, en medio del ser, queda situada la emergencia del ser del hombre.

Este punto nos ha parecido sumamente importante, toda vez que el decurso del despliegue del espíritu ahora vuelve a experimentar un vuelco inusitado, debido a que aquí acaece el desvelamiento, primero de lo ajeno, toda vez que la naturaleza se ha descubierto en su majestuosidad, bajo los datos de la pluralidad y el devenir de las cosas (provocando la investigación de la unidad, y la permanencia en el ser). Y subsecuentemente, adviene el florecimiento (y descubrimiento) del hombre también como tema de investigación. Hay que reconocer que el hombre ya no fue el mismo desde que supo que también podía hacerse objeto de exploración.

No es casual que la investigación entre los filósofos preplatónicos, ante la, por así decirlo, sobrepresencia de los datos de la pluralidad, y el cambio, de lo que es, se hayan visto compelidos a plantear primeramente los problemas de la unidad de lo múltiple y de la permanencia en el cambio. Pensamos que tal problematización respondía a la eminencia de semejantes datos, propiciando la materia para la construcción conceptual de las diferentes hipótesis que habrían de sucederse a continuación. Consideramos, sin embargo, que el desvelamiento de la naturaleza fue lo que permitió la emergencia, subsecuente, del ser del hombre, ya para ser aludido, ya para ser investigado filosóficamente.

No obstante, consideramos que la problematización, entre los primeros filósofos, sobre el hombre adquiere una matización distinta, no solo porque es el mismo espíritu quien piensa al espíritu; sino aún más, porque no existe, excepto en Heráclito, una tematización específica sobre este ser capaz de pensar lo ajeno y de pensarse a sí. El apercibimiento de esta posibilidad, como lo hemos anunciado, es la que ha quedado registrada en los fragmentos de los primeros pensadores con los que ahora pretendemos caminar. Marcando, desde luego, el comienzo de otra forma de existir y de estar en el mundo.

Nuestra exposición, en el presente, se ha dispuesto en tres partes, engarzadas entre sí por la preocupación acerca de la emergencia del hombre en el marco del clamor del ser. En la primera de éstas, hemos tratado de dialogar, hasta donde nuestras posibilidades nos lo han permitido, con Anaximandro de Mileto. Hemos comenzado esta primera parte abriendo con un inciso acerca de Tales de Mileto, con el propósito de patentar la hipótesis que afirma que la naturaleza también le gusta mostrarse, pues sólo

a partir de esta patentización habría surgido el decurso de la tradición. Anaximandro, o lo que se tenga como tal, no discurre propiamente acerca del ser del hombre; sin embargo, pensamos que a partir de la meditación acerca del *apeiron* se puede columbrar un cierto posicionamiento del hombre en la naturaleza.

La segunda parte está dedicada a Heráclito. En ésta se puede atestiguar como es que a partir de la descripción que hace el autor acerca de la primigenia interjección entre el logos y el espíritu se levanta la posibilidad de columbrar dos maneras de ser del hombre en el mundo, a saber, ya como despierto, ya como dormido. Esta distinción antropológica es lo que constituye la pieza clave para el despliegue posterior acerca del ser del hombre en el autor de Éfeso. En éste, el hombre no posee un puesto predeterminado, por el contrario, cada uno posee la consigna de ir labrando su destino conforme a sus posibilidades y capacidades; en el entendido de que con cada posibilidad asumida, uno va ensanchando sus márgenes existenciales, toda vez que el *ethos* del hombre consiste en desplegar el ser hasta la enésima potencia, conduciendo la vida de cada quien conforme la voz del logos. En Heráclito existe una clara distinción entre las diferentes formas de ser del hombre. Esto nos habla de que en el pensamiento de éste ya se encuentra facturada una investigación de corte antropológico, pues el hombre ha quedado varado frente a sí.

En la tercera parte, se ha intentado la factura de un ensamble temático entre el ser, el tiempo y la razón desde el pensamiento de Parménides. En la obra de este último tampoco existe una tematización específica en torno al hombre, sin embargo, nos hemos valido del símil de los dos caminos que aparecen en su *Poema* para dibujar la posibilidad de una meditación antropológica. Parménides distinguiría que la disposición del hombre, o la forma de estar en el mundo de cada cual, está determinada por su modo de comulgar con el ser. El hombre puede existir engañado entre prejuicios o, bien, existir en la experiencia de la omnitud del ser. De ahí que los que han aprendido a caminar sólo en el camino del error, sean adjetivados con epílogos tales como sordos, ciegos, turbados, etc., pues su corazón y su razón no conocen reposo, sino que siempre se encuentran mudando de ánimo y de opinión. Por el contrario, los que se han atrevido a escalar por la senda de la verdad se les reconoce como los poseedores de una fe verdadera, ya no viven engañados entre la proliferación de opiniones, pues poseen la experiencia de la verdad bien redonda. Sin embargo, el camino del error es la condición y antesala para la vereda de la verdad, toda vez que el primer camino no se elige, pues es destino; mientras que el segundo puede ser posible sólo a partir de una libre elección: caminar hacia la verdad implica una determinación por parte del buscador.

Terminamos avizorando el punto en el cual la inmanencia ontológica de los presocráticos comienza a ceder ante la tentación del afuera de Platón. En el último capítulo

INTRODUCCIÓN

de la tercera parte, nos hemos atrevido a dibujar el momento en el cual la, por así decirlo, era de la inmanencia del pensamiento se disloca cediendo ante una tentación sembrada en la obra del mismo pensador de Elea. En esta parte, se ha tratado de ver en la obra de Parménides la condición y antesala para el pensamiento del afuera del pensador ateniense; con lo cual se viene a plantear otro escenario para la investigación del ser y para la misma concepción del hombre. Así, la metafísica subsecuente se trazará con las vicisitudes de estos otros compromisos.

Aclaramos que el presente empeño no pretende, como bien dice Jean Brun, agotar el sentido de las voces aquí mentadas; se anhela sólo un acercamiento filosófico al sentido de aquellas voces arcaicas que llegan hasta nosotros. Sabemos que estas voces se encuentran mediadas por mucho ruido en el ambiente. Sin embargo, hemos apostado por la construcción de un camino hacia el atisbo del florecimiento temático del hombre. Se ha intentado lo más posible de evitar el uso de términos griegos, para el acceso también de un público no especialista en el asunto.

La Emergencia del hombre en medio del clamor del ser:
Anaximandro, Heráclito y Parménides
se terminó de imprimir en diciembre de 2015
el tiraje consta de 1 000 ejemplares